

# Mapas para mundos más-que-humanos

*Texto: Alejandro Ponce de León*

Hace poco encontré unos viejos mapas en la casa donde crecí. Venían con la revista *National Geographic*, una de mis primeras colecciones. Sobrevivieron al paso de los años luego de haberlos olvidado en un cajón de mi escritorio. Debo haber recibido mi primera *National* a los seis años, una que tenía en su portada a un león devorándose a una cebra. La revista era muy especial para el niño que fui, por sus impactantes imágenes, detalladas fotografías y, por sobre todo, por sus ricos mapas. Recuerdo haber pasado horas frente a ellos, movían algo dentro de mí. Eran mapas hermosísimos, muy diferentes a los que tenía mi papá en su oficina de arquitectura. Estaban llenos de ilustraciones y proponían perspectivas que me parecían inusuales. Algunos eran geográficos, de Ontario o Afganistán. Otros eran temáticos, los reinos naturales de África o las extinciones prehistóricas. Lo que de niño veía en ellos, noto ahora, es que eran mapas que además de permitirme conocer algo nuevo, animaban una esquina del mundo dentro de mi imaginar: podía recorrer los pasillos de una villa romana o las selvas de Guatemala en su complejidad ecológica. Eran, de cierta manera, mapas habitados y para habitar.





36

Y es que los mapas tienen la capacidad, casi mágica, de desplegar territorios en la imaginación. Recurrimos a los mapas, incluso, para dar un sentido a la complejidad de nuestro día a día: llegar a casa, rastrear un paquete, irnos de vacaciones. Por siglos, los cartógrafos fueron considerados personas que describían el mundo, articulando a través de su trazo una variedad de conocimientos sobre un territorio y lo que éste permitía: había dragones, sirenas, flores exóticas, incluso relatos históricos a los márgenes. Si bien ya no quedan seres míticos en los mapas contemporáneos, su masificación ha hecho que los mapas se conviertan en una herramienta fundamental para entender el complejo mundo del cual dependemos y el cual escapa cada vez más a nuestra limitada perspectiva humana.

Expertos hablan de una revolución cartográfica, ¿y qué más revolucionario que poder ver, desde donde escribo en Cali, Colombia, la fachada de algún nuevo restaurante en Estambul, Turquía? La otra cara de la revolución, podemos entrever, ha sido el vaciamiento del territorio y su reducción a simples coordenadas georreferenciadas. Ya no hay árboles, pero sí calles e intersecciones. Tampoco hay lugar para las aves o las crónicas, pero sí para reseñas sobre tiendas de calzado importado. Los mapas que encontramos en nuestras pantallas —y a

través de los cuales terminamos relacionándonos con el mundo— transforman el territorio en una dimensión para el movimiento y el flujo. El resto, el mundo y sus habitantes, se han vuelto presencias pasajeras. Y esto no es un problema propio de los cartógrafos, sino que responde a la transición cultural que Max Weber, en un acto poético, llamó el "desencantamiento del mundo": aquel proceso moderno de previsión y racionalización de todas las relaciones socioecológicas.

¿Cuáles son los efectos materiales de este vaciamiento? ¿Hay relación entre los procesos de reducción de los territorios y el debacle ambiental del tiempo contemporáneo? ¿Y qué pasaría si imaginamos otros mapas que, en vez de aplanar el mundo, permitieran habitarlo? Desde mi añoranza infantil, quizás, regreso a los mapas del fondo del cajón, a sus ilustraciones e historias, y noto en ellos un gesto revolucionario, una suerte de resistencia inadvertida a los aplanamientos contemporáneos, que me invita a imaginar el mundo desde lo no-humano que lo compone. En tiempos del Antropoceno, siento que un tipo de prácticas imaginativas puede resultar una herramienta útil —¿urgente?— al hacer presente aquello que vive con nosotros, cuya existencia está en peligro, y cuya desaparición silenciosa puede poner en riesgo nuestra vida misma. Mapas que, tal

vez, nos permitan activar sensibilidades colectivas en defensa del bienestar común. Mapas que sean ética y políticamente pertinentes al permitirnos imaginar mundos más-que-humanos.

En lo que resta de este ensayo quiero quedarme con esta idea y desde allí proponer, a partir de tres iniciativas recientes, los contornos de un posible proyecto cartográfico, el cual permita re-imaginar el territorio en su riqueza y complejidad. Lo que invito a hacer son mapas que no planteen imágenes estáticas y vacías del territorio, sino que propongan diálogos creativos. Estos mapeamientos pueden situarse en diferentes esquinas del pensamiento y la práctica ambiental; pero a la vez abrir puntos de encuentro que visibilicen la interdependencia ecológica que constituye a la Tierra, y desde allí activar nuestro potencial creativo para reinventar colectivamente los relacionamientos que *hacen* a los territorios.

La *Cartografía de las costas del Biobío* (2019), creada por el colectivo "Amigos del Bosque" oriundo de Concepción (Chile), podría ser un buen primer ejemplo. Como tal, esta cartografía es un acto político y estético que ofrece herramientas visuales con las cuales aproximarse a lo que sus autores llaman una "zona de sacrificio": la región del Biobío, al sur de Chile. El ejercicio de mapeamiento comenzó con un diálogo entre senderistas, quienes habían construido una relación íntima y experiencial con la geografía y los habitantes no-humanos del territorio. El diálogo, que determinó la dirección y el contenido final del mapa, se centró además en la urgencia por comunicar las drásticas transformaciones ambientales que el territorio estaba viviendo a causa de la expansión de una economía extractivista, así como en producir nuevas maneras de cuidarlo de forma colectiva.

Su resultado es un mapa que presenta la región del Biobío desde su riqueza ambiental y desde la violencia

**Página de enfrente.** El equipo del Biobío realizó también sesiones de mapeo ecopolítico en el Jardín de las Princesas, Berlín ©Multispecies Resistance'  
**Abajo.** Participantes dibujando sobre un mapa de Europa durante mapeo ecopolítico en Berlín ©Multispecies Resistance'



“

Los mapas tienen la capacidad casi mágica de desplegar territorios en la imaginación.



que se ejerce hacia ella. La iconografía sitúa de forma audaz y en un mismo plano a la fauna y la flora, junto a las múltiples prácticas de extracción y producción industrial. En el golfo de Arauco, por ejemplo, encontramos una hermosísima ilustración de un coipo y de un huairavo acompañados de un complejo de extracción maderera y un par de plantas termoeléctricas. El lector, de esta manera, es invitado a explorar las transformaciones y las tensiones políticas del territorio, y a partir de allí construir nuevos imaginarios que inspiren un sentido de amor hacia los otros habitantes de la región y, a su vez, animen políticas de resistencia a la depredación económica.

Pensar en prácticas extractivas, justamente, nos fuerza a cuestionar la compartimentalización espacial de las fuerzas y movimientos en un mapa y su escala definida. ¿Dónde empieza o termina un ecosistema? ¿Cuáles son los bordes de un océano, por ejemplo, cuando la toxicidad que hoy nos afecta tiene su punto de origen en otro continente? Dejando atrás las herramientas tradicionales de la cartografía, el proyecto *Feral Atlas* explora estas cuestiones al proponer un mapeamiento de flujos mundiales que componen territorios en tanto co-producciones, relacionamientos, dependencias y ataduras de múltiples presencias y formas de vida translocales. El *Atlas*, puntualmente, traza expresiones "indómitas" —*feral* en inglés— dentro la ecología-mundo. En este uso, lo indómito es aquella presencia que, si bien es atribuible a las transformaciones antropogénicas del territorio, ha quedado por fuera del dominio humano: la yerba que crece en el andén o el CO<sub>2</sub> producido por la combustión de energías no renovables son algunos ejemplos.

Algo indómito puede ser beneficioso o peligroso para la vida en común, por lo que el mapeamiento no parte de una interpretación moral al asunto. Por el contrario,

lo que se propone es un experimento imaginativo que atienda a las fisuras del sistema-mundo capitalista, para así pensar en las relaciones inesperadas que afectan las maneras en que habitamos de manera colectiva. *Feral Atlas* está disponible de forma gratuita en el sitio web de Stanford Press ([feralatlas.supdigital.org](http://feralatlas.supdigital.org)), el cual se propone como un espacio de diálogo, traducción e interpretación e invita al lector a identificar las posibles alianzas, potencias y riesgos que propone lo indómito. No hay un orden claro en el *Atlas* —¿un mapa sin orden?!—; sin embargo, el lector navega por su contenido a partir de índices conceptuales o nudos históricos, los cuales rompen con las escalas locales con las que habitualmente conceptualizamos el territorio.

Al aguzar la mirada ante lo inesperado, justamente, algunos cartógrafos de lo más-que-humano han empezado a atender estas interdependencias territoriales mucho más allá del especismo y la singularidad de las formas de vida que en ellos habitan. En esta dirección, el trabajo de la artista Colombiana Mariangela Aponte, *Hiperromanticismo* (2017), hace un mapeamiento a los relacionamientos que componen los paisajes hídricos de las ciudades de Cali (Colombia) y Biella (Italia), el cual inicia queriendo entender —y no afirmar— lo que *hace* a un río. Aquí, Aponte explora histórica y conceptualmente cómo las aguas se relacionan con la modernidad, la industria, la arquitectura, las rocas, la vida circundante y con nosotros mismos, en la composición del río como una presencia plural, colectiva e insospechada.

*Hiperromanticismo* es un ensamble de imágenes, textos, fotografías, ensayos y libros que, en su mayoría, están disponibles en el sitio web del proyecto ([hyperromanticism.org](http://hyperromanticism.org)). Algo muy oportuno de este trabajo es que brinda herramientas para que el lector desarrolle sus propios mapeamientos. Al documentar nuestras interac-

Pensar en prácticas extractivas nos fuerza  
a cuestionar la compartimentalización  
espacial de los movimientos en un mapa  
y su escala definida.



40

ciones cotidianas con el agua, el proyecto sugiere que desaceleremos el pensamiento y redescubramos el territorio en y a través de nosotros mismos. Siendo esto así, el trabajo propone una ética del cuidado que hace presente el agua en nuestro día a día. Como los trabajos ya reseñados, en *Hiperromanticismo* el diálogo también es una práctica fundamental a la práctica cartográfica: el lector es invitado a subir sus mapas al sitio web, el cual se convierte en una plataforma para el diálogo desde el cual nuevas éticas y políticas pueden ser imaginadas.

Y es que los mapas para mundos más-que-humanos, como aquí los he querido proponer, son herramientas

fundamentales para imaginar todo aquello que ha sido desplazado a partir del vaciamiento moderno de manera colectiva. Imaginaciones de lo inesperado, a veces fantásticas, con las cuales empezar un diálogo social acerca de las interdependencias territoriales que permiten nuestra propia existencia. Estos mapas pueden ser imaginados como plataformas para el accionar político y que vienen, seguramente, de miradas interesadas. Sin embargo, son miradas que evitan la especialización o experticia, en favor del diálogo y la creación deliberativa. Son mapas que impulsan prácticas transformadoras a partir de puntos comunes, nudos políticos o diálogos. Son mapas que nos mueven, como en algún momento lo hicieron los viejos



**Página de enfrente.** Central hidroeléctrica "Santana do Deserto", en Minas Gerais, Brasil, 2016 @Isabelle Carbonell, Duane Peterson / Feral Atlas **Arriba.** Producción de carpas y anguilas en Hangzhou, China y Murcia, España, 2019 @Feifei Zhou, Isabelle Carbonell, Duane Peterson / Feral Atlas **Abajo.** Hora peak en Nanjing, China, 2019 © Feifei Zhou, Duane Peterson / Feral Atlas